

A propósito de la crisis universitaria en Colombia

La crisis financiera y presupuestal de las universidades públicas en Colombia es, sin ninguna duda, una crisis de la mayor trascendencia dado su hondo calado educativo, cultural y social, consecuencia de una política de Estado que se inicia en la década de los años noventa con la adopción de las reformas estructurales de carácter neoliberal. Con anterioridad, la participación relativa mayor de las universidades públicas en el conjunto de la educación superior, había ido perdiéndose a favor de la emergencia en aumento de las universidades privadas, alcanzando hoy estas últimas una participación de 73% en cuanto hace a la oferta universitaria nacional. Comparado con el resto de América Latina, Colombia es el país que presenta una mayor participación del sector privado, e, incluso, si se hace un paralelo con los Estados Unidos, la privatización de nuestra educación superior es sorprendentemente mayor. Y esto para no medir lo que sucede con respecto a Europa y Japón. De suerte que vastos sectores de la sociedad han quedado no sólo marginados sino excluidos de ese nivel de educación merced a la imposibilidad de sufragar el pago de matrícula por fuera de la universidad pública, en caso de ser admitidos. En sentido convergente, no se trata aquí de atestiguar acerca de la calidad de la educación que se imparte por parte de las universidades públicas y las privadas, intentando establecer un trade off entre lo público y lo privado, o suponiendo a priori la superioridad cualitativa de unas u otras. Esta breve referencia porcentual y comparativa entre la situación colombiana y la del mundo sólo se presta como puerta de entrada a algunas consideraciones de orden histórico y conceptual.

Que el Estado colombiano mezquine recursos financieros y presupuestales a las universidades públicas es consecuencia de cómo ha entendido la clase dirigente y política la educación superior. Para ellas, en su más profundo sustrato, la comprensión de la educación está impregnada de un componente religioso y, por lo tanto, confesional. Los avances logrados por la “revolución en marcha” y los tibios procesos de laicización de la sociedad y el sistema educativo, nunca han sido del agrado del sector más conservador de la dirigencia nacional, que es numeroso e influyente. Soportaron esos procesos porque en últimas y en momentos muy decisivos de la vida nacional, comprometían hasta cierto punto su sobrevivencia política y, de contera, la posibilidad cierta de llevar a cabo su proyecto institucional. Halladas las condiciones de reflujo del movimiento popular por la imposición a escala planetaria del neoliberalismo/neoconservatismo, han comenzado a desarrollar aquellos objetivos políticos e institucionales guardados por largo tiempo. Los últimos periodos de gobierno en Colombia son el solaz de esos objetivos que han comenzado a tornarse realidad. Así, en lo que tiene que ver con la educación superior, la tarea ha sido la de crear las condiciones de fragmentación y venta de los programas académicos que a su juicio son los “más rentables”, y/o convertir a la universidad pública en una entidad de servicios de asesoría y consultoría por encima de su ethos académico y de investigación, de manera tal que el concepto

de educación adopta la acepción de “servicio”, remplazando esta última acepción instrumental a la de educación como derecho humano fundamental.

La dinámica universitaria que reclama a través de los medios democráticos de uso público de la razón, de la movilización y la protesta ciudadana, los recursos necesarios para que la universidad continúe construyendo ciencia y conciencia de alta calidad, sabe que el trasfondo de la situación de ahogo que se vive en este sensible tema, se explica por la vuelta de tuerca hacia el pasado teocrático-autoritario que hoy rodea como abrazo de oso a la sociedad colombiana. Salir al paso desde la razón de ser de la universidad consiste no sólo en enfrentar el discurso canónico de la ideología neoliberal y neocons, sino mirar hacia adentro de la institución misma. Hay aquí, entre otras muchas tareas, una de la mayor trascendencia: la de la defensa de la esencia de su finalidad en las condiciones actuales. Instituida la universidad como el lugar de creación de conocimientos y de conciencia social en donde las artes, las ciencias, las humanidades, las disciplinas, la investigación y la difusión social de conocimientos convergen, construyendo un haz que ilumina la vida intelectual y espiritual de las sociedades, esa tarea hace menester repensar hasta dónde nuestras instituciones universitarias están haciendo bien esa tarea. Si damos cuenta día a día del cambio vertiginoso en el conocimiento de la sociedad, la naturaleza y el pensamiento, si damos cuenta también de la simbiosis de las relaciones de aquéllas, que estrechan cada vez más sus campos de acción, convirtiendo a las ciencias que las estudian en compañeras inseparables que conducen gradualmente a que el proyecto histórico y discursivo de I. Prigogine e Isabel Stengers acerca de la nueva alianza se vaya convirtiendo paso a paso en realidad, todo eso debe llamar la atención para que con urgencia se reexamine lo bueno y lo malo que la universidad tiene con respecto a ese proyecto, y modificar la institución misma en sus currículos (flexibilizándolos), su pedagogía (centrándola en la creación de estudiantes autónomos, capaces de aprender por sí mismos como parte fundamental de su formación/autoformación), su administración académica (generando procesos de descentralización, cooperación interdisciplinaria, nuevas unidades), su trabajo docente (hacerlo esencialmente colegiado, modular, tutorial, adaptativo/creativo), y mil etcéteras más que contribuyan a conmovir una universidad que si bien no se anquilosa merced a que la mayoría de sus docentes hacen gratificantes esfuerzos por cualificarse y atender una cobertura cada vez más grande con recursos cada vez más precarios, sin embargo compromete su calidad al no encontrar un sustento moderno y dinámico que corresponda a la envergadura de las necesarias y urgentes nuevas tareas atrás señaladas. El entorno universitario sigue apegado a una tradición precientífica, premoderna. Aquí el pensamiento es crucial. La reorientación definitiva.

No podemos quedarnos en contemporizar con la época de cambios que la sociedad contemporánea nos impone. Es un deber ser, es nuestra imposición, contribuir a un cambio de época en Colombia, secuestrada hoy por la cruz y la espada. La batalla por los recursos para la universidad debe estar ¿paradójicamente? en los presupuestos que comprende la batalla por el cambio interno y autónomo de la institución misma. Es un paso decisivo que hay que dar sin vacilaciones.

MANUEL FRANCISCO CAICEDO RUIZ
Editor